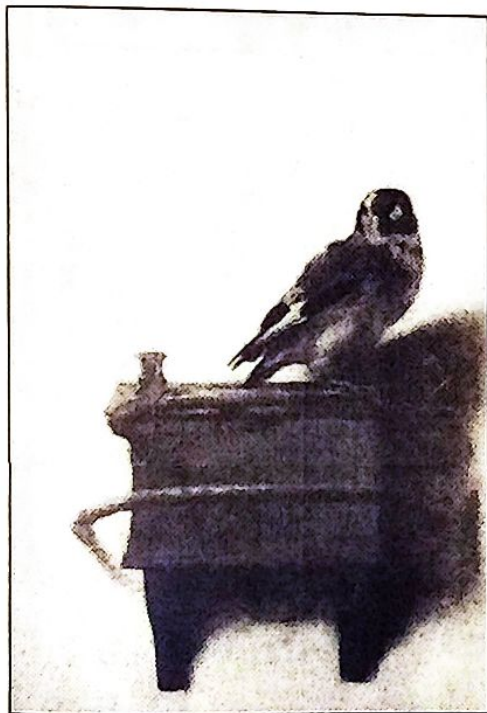


El pasado en un poemario de Jaime Zabaleta

Alfonso Gamarra Durana

(PRIMERA DE DOS PARTES)



Me corresponde comentar un conjunto de poemas de Jaime Zabaleta Meneses. Poemario publicado en 1996 y que hasta ahora viene ganando el interés especial de su público lector. Incluye en tres partes, otros tantos poemas relativamente extensos titulados: «Duros suelos, dura vida», «Tres motivos adicionales a Duros suelos», y «Canto a la Fundación de Cochabamba».

El primero de éstos, «Duros suelos, dura vida», no trasunta en el título el texto que se desarrolla en realidad pues es una obra de censura a los conquistadores que se enseñorearon de las tierras americanas. Presenta Zabaleta su versión de una misma y antigua imagen: el repudio literario a ese hecho político. Como en éste hubo una instalación trágica de apariencias brutales, en las páginas del libro descubrimos una amalgama de sentimientos que se despiertan, después de siglos, en el observador que no ha sido testigo vivo.

En versos libres, de fraseo corto, el poeta encuentra la conexión vital con el pasado, usando un lenguaje que ayuda al lector a ver claro, al mismo tiempo que se descubrió a sí mismo, interpretando los sentimientos que le nacen al juzgar de dura a la vida de nuestro pretérito casi olvidado.

Su primer poema empieza como un frondoso árbol que muestra inicialmente sus raíces que con morenas, como morenas son las manos, y no menos moreno es «después el pensamiento aplicado a la acción».

Se llega al suelo de las alturas andinas donde «amanecía un canto solitario de basalto y granito», en el que todo es dura tierra: «en el risco» y «en el erial paisaje del páramo infinito». El poeta gusta entonces incursionar, con sus versos, en la desolada y patética visión de la jurisdicción de Charcas, y como una voz nueva que descubre al fin el pasado, se desespera por llenar un vacío de quinientos años cuando se instalaron aquellos que «eran hombres barbados / montaban a caballo / se cubrían los pechos con corazas metálicas...»

Cavila, en un franco y bien pensado rechazo al conquistador, una reprobación lírica a la actitud de los invasores, pues no es mero pretexto para descubrir su pensamiento, cuando dice:

*«Desmadejó la noche sus mastines
cubrió de sombras el monte y la llanura...
se hizo la obscuridad en pleno día
todo fue un llanto...»*

Y tiene entonces una visión emparentada con el erial primitivo pues en la tierra «cayó de golpe como una puñada / un manto negro de cilicios fríos...» Es el grito lastimero, quizás el más apropiado para poetas atribulados, con que gira el descontento alrededor de los «inucuos grilletes» y el «tronar de los herrajes» en un círculo vicioso, que se vuelve dogal en el cuello del vencido cuando el personaje indio se da cuenta que «dejó de ser su tierra... y sólo el dolor es suyo».

Un solo instante de reconocimiento al conquistador se desata, como escapado

de una celosía mental, cuando acepta sincero que un alimento para el alma vino con aquéllos:

*«Una lengua de seda desgranaban sus labios
de cristal / son azul / un río de campanas
acariciando el aire / una lengua de seda
con palabras extrañas...»*

El paisaje poético se encapota en los últimos cantos porque todo es un ambiente de «saña ultraje muerte», y «abusaron de vírgenes vestales» y «una larga agonía esperaba a la raza».

En «el dolor de siglos / macerándose en su alma» que siente el poeta, no existe ni el más ligero indicio de rebelión, que fue, en los hechos, la expresión humana que prometía la llegada de la redención. Se hace palmaria una entrega rendida del nativo al rencor y al odio que trae el foráneo. Pero si hubo esperanza, el poeta prefiere la locución pesimista, pues al contemplar el pasado parece encontrarse desvalido.

En el poemario siguen «Tres motivos adicionales a Duros suelos» que a nuestro entender podían haber constituido el prefacio de la obra, porque su tema históricamente lo es. Aquí se halla el ritmo necesario para ganar al lector, aunque no aparezca el ímpetu que obligue a lo mejor de un declamador. Se encuentra asimismo el lenguaje pródigo, buscando en la naturaleza la transcripción de su belleza.

*«Nadie te imaginaba
nadie te preveía
piel morena quemada por los vientos
América Oh América.»*

(Continuará)